



De la técnica analítica y las palabras

Marta Nieto Grove

ALGUNOS SUPUESTOS DEL PSICOANÁLISIS

LO QUE EL PSICOANÁLISIS NO ES

LO QUE EL PSICOANÁLISIS ES

LAS PALABRAS Y LA SITUACIÓN ANALÍTICA

TODO TIENE QUE PASAR POR LAS

PALABRAS

LA PALABRA, INSTRUMENTO DE

REPARACIÓN

CONCLUSIONES

SOBRE LA DISPOSICIÓN A ANALIZARSE

UN CRITERIO IYE TERMINACIÓN DE

ANÁLISIS

BIBLIOGRAFÍA

Introducción

Me propongo discutir en este trabajo aspectos teóricos y técnicos relativos a las palabras y el Psicoanálisis.

Expondré en la primera parte algunos de los Supuestos lejanos y próximos en que

se apoyan mis Consideraciones sobre el hablar en la situación analítica, ya que cada enfoque teórico se inscribe dentro de un conjunto sea de teorías sea de presupuestos teóricos, lo que implica, entre otras cosas, que es en esa constelación donde hay que considerarlo porque allí adquiere su cabal sentido.

Si me preguntan qué me mueve en la línea del lenguaje y la palabra, parte de la respuesta es: a) una antigua historia personal de interés por aquellos que encontraron en el psicoanálisis un cauce; b) el contacto desde el inicio de mi formación analítica con una versión del análisis que los destaca (aquí me basta recordar que cuento con Willy y Madeleine Baranger en mis raíces como analista); c) en estos últimos años otro factor es la corriente de investigación que parece justo centrar en Lacan. Esta escuela de pensamiento —Leclaire, Laplanche, Pontalis— me ha enriquecido mucho, lo que de ningún modo quiere decir que comparta todos sus enfoques.

Ubicarnos en el área de la palabra es poner el acento en la expresión y en la comunicación* más que en los contenidos o en lo comunicado, identificamos con el Freud que eligió como piedra angular del edificio analítico su descubrimiento de que el síntoma y los sueños son un lenguaje en busca de palabra.

Por último me interesa contribuir a esclarecer y profundizar diversas facetas referentes al lenguaje y al habla en el campo psicoanalítico porque veo en ese camino las mayores posibilidades de apertura y evolución del psicoanálisis contra los peligros de estancamiento y deterioro.

I. — Algunos supuestos del psicoanálisis

A. De lo que el psicoanálisis no es

a. *No es una ciencia experimental.* En un trabajo anterior (8) sobre algunos problemas del analista como investigador, hace unos años, me refería a este punto. Mi preocupación entonces *era* el efecto distorsionante que produce la aplicación de categorías y métodos de las ciencias experimentales en el campo analítico.

En cuanto a esto no tengo nada que agregar, me basta con suscribirme a trabajos

* Quiero decir, en el discurso, en el sentido que Lacan da al término

muy explícitos sobre el particular, entre otros los capítulos que en su obra *De l'interprétation essai sur Freud* (9) P. Ricoeur dedica a estas cuestiones. Dice: “Es desde el principio, a nivel mismo de la noción de hecho que las dos disciplinas divergen” (psicoanálisis y psicología experimental). En la misma línea de pensamiento yo escribía entonces sobre la noción de hecho: “Uso con desgano esta palabra; quizás fuera mejor no utilizarla por todas las implicaciones que trae de las ciencias físicas” y agregaba que, en todo caso, *hecho* en psicoanálisis es una modificación en la estructura del campo analítico.

Por otro lado planteaba en ese trabajo la necesidad de criterios y métodos en la investigación analítica para salvaguardar al análisis de la arbitrariedad. Respecto a ese punto tengo aclaraciones y rectificaciones que hacer. Proponía allí que aplicáramos en nuestra labor como investigadores el método hipotético-deductivo, con sus etapas de observación, formulación de hipótesis y verificación.

Hoy reformulo mi pensamiento diciendo ante todo que tenemos que distinguir entre el acontecer de la sesión y la investigación de que podemos hacer objeto a los registros de la misma.

Esta investigación fuera de la situación analítica misma, para no ser caprichosa, tiene que regirse por los principios y reglas de una crítica rigurosa.

Pero, y aquí mi rectificación: aplicar o considerar vigentes en la situación analítica misma la observación, la formulación de hipótesis y la verificación es abrir la puerta a la distorsión del fenómeno —relación analítica—. Por mucho que se precisen diferencias y características especiales entre su aplicación en el campo analítico y en el de las ciencias naturales, no se evita la adulteración mencionada.

Por eso digo, lisa y llanamente, el psicoanálisis no es una ciencia de observación, y me cuestiono ahora si la interpretación es una hipótesis. Pienso que es un fenómeno distinto de ésta, por lo menos en el sentido que se le da en las ciencias naturales. Quedo así enfrentada al problema de qué es entonces una interpretación.

Por el momento sólo puedo esbozar algunas reflexiones.

Tiene que ver con el poder y querer ser verídico y por lo tanto con el orden de la verdad. Muy acertadamente Ricoeur llama al psicoanálisis, técnica de la veracidad.¹⁰

Cada interpretación lograda es un triunfo sobre los técnicos de distorsión y enmascaramiento, y en ese sentido tiende al establecimiento de la conciencia veraz que como sabemos, es mucho más que un conocimiento intelectualmente exacto.

Sobre este punto sigo hablando en las dos partes siguientes de este trabajo.

Por otro lado, ¿no se podría equiparar la interpretación a un hallazgo, al modo del logro estético de un artista cuya obra busca que refleje su sentir? Esto explicaría la aparición de sentimientos estéticos cuando se encuentra una interpretación, hallazgo creador de dos.

Y porque es obra de dos, también tiene que ver con el amor que en el análisis es comprensión. Parafraseando la definición de amor de Platón, “Empeño de afinidades”, diría que la interpretación es también la obra del amor analítico: empeño de comprensión.

Antes de abandonar este punto quiero también señalar lo que a mi entender es una confusión frecuente y que tiene que ver justamente con la observación.

El que analizar no sea observar, no excluye que en el transcurso de la práctica analítica hagamos además observaciones, sin proponérselo, observaciones espontáneas (es decir, no sistemáticas), que pueden ser valederas. Por ejemplo, analizando a un adolescente, un analista puede encontrarse en posesión de una serie de datos que, se incuria a pensar, pueden corresponder a los adolescentes en general. Si le interesa la psicología de las edades podría aportar esos conocimientos a los de un equipo de investigadores que encararía el estudio de los adolescentes por variados procedimientos, entre otros, observaciones experimentales, sistemáticas, a cargo de psicólogos.

En cuanto al uso de los conocimientos procedentes de esas observaciones

espontáneas, hechas en el transcurso del quehacer analítico, puede ser beneficioso o no,

Beneficioso: por su simple presencia, éstos favorecen la comprensión del analizando adolescente o del adolescente en cualquier analizando.

Por las mismas razones puede preconizarse que los analistas de niños como parte de su preparación hagan observaciones extraanalíticas de niños de diversas edades. De este modo pueden saber por observación de su conducta (método propio de la psicología experimental), cómo viven, cómo juegan, etcétera; es decir, adquirir cierta familiaridad con, digamos, el instrumental expresivo de los niños.

Uso perjudicial: esos datos pueden hacer peligrar la comprensión analítica cuando se utilizan como cómodo casillero de lo ya conocido: ‘el adolescente’, ‘el homosexual’, ‘el obsesivo’, etcétera, etcétera (incluyo aquí el uso del diagnóstico psiquiátrico). Es un uso que limita la propia óptica del analista, prefija el proceso, encierra de entrada en una clasificación al analizando, atenta contra la actitud libre que habilita para un saber nuevo por el que descubriremos qué significa una cierta conducta para determinado sujeto: qué es ser homosexual u obsesivo para él.

En suma,⁹ “el psicoanálisis no comienza con una conducta a observar sino con un sentido a descubrir”.

b. *El psicoanálisis no es arte de curar.* Meltzer* escribe: “A medida que la psiquiatría ha avanzado en el terreno del tratamiento, que se han multiplicado las psicoterapias, los tratamientos de grupos, etcétera, la presión sobre el psicoanalista para que «cure al enfermos» ha disminuido y su posición ha comenzado a clarificarse”, y más adelante, en el mismo texto define a la actividad analítica como una búsqueda de la verdad.

* D. Meltzer: El proceso psicoanalítico.

¿Por qué digo que no es arte de curar? Si una persona viene para que le cure un síntoma, le elimine una molestia psíquica o aun porque tiene conciencia de enfermedad y quiere curar-se y busca que el tratamiento le dé el beneficio del alivio o de la curación, Si yo lo aceptara con esa finalidad e hiciera de ella el propósito común, entonces el psicoanálisis sería un acto terapéutico, psicoterapéutico.

Por favor, no estoy diciendo nada en contra de la psicoterapia, ni del acto curativo; ¡cómo desearíamos a veces hacer de él la meta, cualesquiera que fueran los medios! Pero es que la tarea en que aceptamos embarcarnos con el analizando está orientada a rever lo que conoce de sí mismo. Lo único que le proponemos (¡y nada menos!) es descubrir el sentido de sus conductas, entre otras de las que él y/o el grupo social llama enfermedad.

Si se trata de una persona que sólo quiere que le alivien o quiten sus padecimientos o molestias, lo que requiere (por qué no dárselo por quienes estén dispuestos, puedan y sepan?) es una psicoterapia (apoyo, sugestión, etcétera, etcétera), pero entonces a sabiendas de lo que se está haciendo con medios y encuadre adecuados a tal meta.

Por otra parte si en el proceso del análisis un analizando no consigue abandonar lo que pudo ser su actitud inicial: sacar beneficios sin descubrirse, puede hasta mejorarse, pero es un uso del psicoanálisis que lo distorsiona, porque “el psicoanálisis no comienza [y yo agrego: ni termina] con un síntoma a curar sino con un sentido a descubrir”.⁹

B. De lo que el psicoanálisis es

Ninguna de las proposiciones con que voy a encabezar estos apartados es una definición; son sólo aproximaciones acerca de una concepción que espero se vaya así precisando.

a. *Una experiencia.* Un sentimiento de encierro, de peligro por estar apesado, es una vivencia de la que podemos saber directamente en una sesión de análisis. Esta experiencia es encarada de modos diversos ‘según la línea teórica de cada analista.

Escuetamente menciono dos, que son contrastantes.

Uno, considerarla dentro del marco de una hipótesis genética: el sujeto reedita ansiedades que vivió dentro de la madre o en el momento de nacer.

No comparto en absoluto tal encare, me parece un uso abusivo de la hipótesis genética. Se refiere a hechos de muy difícil o imposible comprobación. Pero mi desacuerdo está sobre todo con lo que tal punto de vista denota, a saber una inclinación a considerar que el fenómeno actual —la vivencia angustiosa de encierro— queda mejor explicado por referirlo a un pasado aunque hipotético: entonces, así; por eso, ahora.

Otro punto de vista: como analistas, simplemente no sabemos, ni podemos saber, si esta persona al nacer sintió tal angustia, pero como analistas sí sabemos que ahora se angustia porque se vive apesadado y disponemos de teorías (o tenemos y podemos hacer otras) que dan cuenta de tal vivencia en términos de la situación analítica.

A mi entender en el primer caso se enfatiza el pasado hipotético hasta el punto que es tratado como la verdadera experiencia de la cual la actual sería sólo la repetición. Y ciertamente las cosas no son de ese modo ya que lo que sabemos directamente es que *ahora es así*, y ese lejano pasado, en el mejor de los casos pudo haber sido.

b. Una experiencia que dos realizan., Antes que nada porque dos son los que hacen el fenómeno analítico. El interjuego de transferencia y contratransferencia crea un mundo ínter-subjetivo que es nuestro campo.

Desde otro punto de vista el de la responsabilidad, porque también es tarea de dos. La intención de colaborar, en el analizando, y el hacerlo de alguna manera así sea en forma fluctuante, es indispensable para que haya análisis.

e. ¿Qué tipo de experiencia es la del análisis? Un trabajo. Freud descubrió el mundo interior como escenario de conflictos, vio e indagó sus complejos modos de surgir y operar y en la marcha misma inventó un modo de *trabajo* con ellos, el psicoanálisis.

Lo encaró siempre así, destacando que no es mero reemplazo de la ignorancia por el conocimiento, en todo caso esto es sólo el aspecto intelectual de una compleja y ardua tarea.

“C’est ce rapport d’un travail a un travail —d’un travail d’analiste a un travail d’analysé— qui fait la spécificité de la psychanalyse et la constitue comme Technique”,¹⁰ escribe Ricoeur, y agrega que el trabajo en que consiste el análisis revela el funcionamiento psíquico mismo como trabajo. Es lo que Freud descubre y describe.

Comenta Ricoeur: “[...] Dans le procès de distorsion, l’homme se comporte lui-même comme mécanisme, se soumet a une légalité étrangere, condense. et «déplace» ses pensées; si l’homme se comporte comme mécanisme, c’est pour réaliser par ruse le dessein de la *Wunscherfüllung*; par là la psyché est elle-même technique exercée sur elle-même: technique de déguisement, technique de méconnaissance; l’âme de cette technique c’est la poursuite de l’objet archaïque perdu, sans cesse déplacé et remplacé par des objets substitués, fantasmatiques, illusoires, délirants ou idéalisés; bref, qu’en est-il du travail psychique révélé dans le rêve et la nevrose?, cest la technique par laquelle le désir se rend méconnaissable.”

d. *¿Cuál es la meta de este trabajo que es el análisis? La conciencia veraz.* Lo que buscamos, analista y analizando, si es análisis lo que hacemos, es un conocimiento verídico; entiéndase como acceso a un sentido verdadero que se esconde y revela.

Cito a Ricoeur, otra vez, porque dice en forma hermosa y muy clara un pensamiento que comparto y sobre el que he hablado.

“[El análisis] *elle est une technique de la véracité, son enjeu est la reconnaissance: á cet égard elle a son modèle dans la tragédie grecque d’Œdipe-Roi; le destin d’Œdipe est d’avoir déjà tué son père et épousé sa mère; mais le drame de la reconnaissance commence au-delá de ce point, et ce drame consiste entièrement dans la reconnaissance de cet homme que d’abord il avait maudit: j’étais cet homme là, en un sens je l’ai toujours su, mais en un autre sens je l’ai méconnu; maintenant,*

*je sais que je suis.”**

e. Y finalmente, si me interrogo sobre el cómo del trabajo analítico, respondo: es un trabajo que dos realizan *hablando*.

Es este punto el que voy a tratar en la segunda parte. Sólo voy a desarrollar algunos aspectos, otros, por el momento, los he dejado de lado, no por menos importantes.

II. — Las palabras en la situación analítica

Analizar y analizarse es tomar parte en una tarea que se realiza en el campo del lenguaje. En aguda metáfora Lacan se refiere al análisis como al hacer palabras cruzadas, con lo que destaca el cómo del trabajo analítico: hablando, entre dos, para hacer surgir la palabra nueva. Porque si “el síntoma es un lenguaje al que hay que dar la palabra”⁶ esto es cierto de toda manifestación que se da en el campo de la relación bipersonal analítica.

A. Todo tiene que pasar por las palabras

¿A qué todo me refiero?

A lo que el analista va descubriendo en el campo analítico, eso tiene que ser dicho, explicitado verbalmente en algún momento.

Aquí deseo hacer algunas reflexiones sobre lo que últimamente he visto presentado casi como oposición: simplificando mucho, encuadre versus interpretación. Esto es un planteo mal hecho, que como tal genera un seudoproblema: una dificultad donde no la hay. Paso a explicarlo, como yo lo entiendo.

Los analistas entre otras cosas difieren en su modo de explicitar verbalmente el contrato: precisan mayor o menor número de cuestiones por ejemplo, pero dichos o no en la entrevista inicial, los aspectos témporo-espaciales del encuadre y contrato, entran como cualquier otro material al proceso de elaboración analítica. Sería

* El subrayado es mío.

sospechoso que un analizando no se refiriera nunca al tiempo de las sesiones, a las interrupciones, honorarios, posición espacial de él y del analista en la habitación que comparten, etcétera, etcétera, tan significativo como si no trajera su cuerpo, sueños, sucesos externos importantes, etcétera. Es decir que el encuadre, incluido el contrato, tiene que ser re-conocido, y para eso saber cómo lo percibe, siente, entiende, el analizando, las fantasías que le promueven, y por lo mismo y para ese fin el encuadre tiene que ser *hablado*. Esto no significa que como tal no tenga sentidos para el analizando sino que precisamente porque es lenguaje, del analista, se completa sólo cuando culmina en palabras.

¿Por qué es tan importante que todo lo descubierto en el análisis sea dicho?, o, ¿por qué el acto analítico está logrado cabalmente cuando se accede a la expresión verbal?

I. Porque sólo así se completa el proceso de simbolización que se reabre y se juega en el análisis: porque la palabra es el símbolo más decantado en el trabajoso proceso de simbolización que va del objeto mismo a un signo que dice de él, sin ser él: que dice ante todo su ausencia.

Es lo que Freud descubrió en su famosa observación ² del niño jugando con un carretel: la palabra como recreación del objeto perdido. *El hablar, en efecto, da testimonio de una radical separación en su mismo intento de hacer un puente verbal.*

Simbolización y duelo. En el fondo de toda situación psicopatológica hay un duelo mal resuelto.

Tengo presentes en este punto todos los aportes de M. Klein y algunos de sus discípulos y colaboradores a la comprensión del proceso de simbolización. Elijo un texto de H. Segal¹² que desarrolla muy claramente uno de los aspectos de tal proceso, la relación de símbolo y pérdida: “El renunciamiento a una finalidad o a un objeto instintivo es una repetición y, al mismo tiempo, una re-vivencia del renunciamiento al pecho. Puede ser exitoso, como esta situación originaria, si el objeto al cual se renuncia puede ser asimilado en el yo por el proceso de pérdida y

de restauración interna. Sugiero que tal objeto asimilado se transforma en un símbolo dentro del yo. Cada aspecto del objeto, cada situación que tiene que ser abandonada en el proceso de crecimiento, despierta la formación del símbolo.

*“En esta perspectiva la formación del símbolo es el desenlace de una pérdida, es un acto creador que implica el dolor y todo el trabajo del duelo. Si la realidad psíquica es diferenciada de la realidad externa, el símbolo es diferenciado del objeto; es sentido como creado por la persona y puede ser usado libremente por ella.” **

Analista y analizando se enfrentan repetidamente a vivencias de unión y separación en cada sesión con su comienzo y fin, en los diversos conjuntos de sesiones: semanas, años, etcétera, y en el análisis como totalidad temporal limitada.

La característica temporal del encuadre analítico la de ser una relación que se empieza para terminar, hace posible una experiencia nueva de duelo en que confluyan, se repadezcan y rehagan todos los duelos.

El duelo a que el análisis enfrenta, es parte de un quehacer que no es hipotético ni metafórico sino el de la forja de la propia identidad: nace una persona. Yo no sé lo que pudo sentir el bebé al nacer o en sus tempranas relaciones con el pecho, pero sí, sé, sabemos, por experiencia directa en la situación analítica que la asunción de uno mismo como distinto y separado es un proceso a veces muy penoso. Se acompaña de alegrías y de angustia (por ejemplo, ante el cambio, el crecimiento, lo desconocido), surgen fantasías de nacimiento y de muerte. Es parte de un saber doloroso en que se reconoce simultáneamente uno mismo, la propia contingencia y la esencial incompletud, por lo que ese saber es, irremediablemente, saber de una herida.

Identificarse como uno y distinto produce ansiedad entre otros motivos porque en

* El subrayado es mío.

definitiva es hacerse cargo de la propia vida y de la propia muerte.

Por este proceso se accede a la comunicación que requiere la alteridad, ya que hablar de veras, es hablar con otro.

II. Retorno a la pregunta que me hice y doy ahora otras razones.

¿Por qué el acto analítico es completo cuando se alcanza la verbalización? Porque decir en palabras, es en cierto modo nombrar, y nombrar promueve un cambio, hace acceder lo nombrado a un status nuevo.

En función del peculiar movimiento del análisis, que es de sucesivos momentos de rescate de aspectos de uno mismo clivados, reprimidos, aislados que se reintegran, podemos decir que *denominar* lo reconocido, es certificar ese nuevo estado. Me evoca la hermosísima imagen de Venus naciente, quizás porque una de las paradojas del análisis es que, aunque lo que reconozcamos sea algo negativo, aceptarlo como nuestro es obra de vida, positiva; contribuye a autenticarnos, nos hace emerger *con* una identidad propia.

No importa que algo se huya vuelto muy claro para nosotros y el analizando; falta decirlo, denominarlo. La sabiduría popular algo ale esto indica cuando valora el que se llame al pan pan y al vino vino. Si agregamos a la mierda, mierda, lo completamos. H. Segal¹³ relata la sesión en que una niña hace un dibujo y le pide ayuda para nombrar los colores que quería aprender de memoria. Comenta que se vio que los colores representaban *sus sentimientos* y *varios objetos internos*, y agrega: “Había un total reconocimiento del hecho que la ayuda que recibía del análisis, era el «dar nombre», es decir, la verbalización que la ayudaba a conocer, a diferenciar, y por lo tanto, a sentirse más capaz de controlar sus sentimientos y sus objetos internos”.

Y más adelante agrega: “Admite que el reconocer una realidad psíquica, es una ayuda y me pide que ‘dé nombres’. En lugar de atacar el pensamiento verbal que trae *el dolor* del reconocimiento de la realidad psíquica, quiere ahora utilizar el pensamiento verbal para que la ayude a conocer y controlar esa realidad.”

Llamar a las cosas por su nombre, es medio y fruto, por cierto costoso, de la

técnica analítica.

III. Porque toda la patología y las peculiaridades de la relación del sujeto con sus objetos se trasluce y juega en el orden de las palabras: las que dice y cómo las dice y las que oye y cómo las oye. Entonces, no formular en palabras una situación puede servir a las defensas, que toman a las palabras no dichas como el reducto en que se refugia el conflicto. A la inversa, decir las es a veces recién tocarlo. Así el decir puede ser traer al campo una ansiedad fóbica que llevaba a evitar ciertas palabras.

Algo de esto es lo que muy bien sabía un analizando que, temiendo y deseando la terminación de su análisis, en un momento en que se sentía movido a pronunciar la palabra separación, exclamó: “Quisiera ser mudo”.

IV. Hasta ahora he insistido en que es condición del acto analítico que lo comprendido, se diga; agrego ahora para destacarlo más: que sea dicho por el analista y compartido por el analizando. Esto es lo que llamamos *insight* en la situación analítica.

Dicho por el analista. Importa que el analista diga, aunque repita algo expresado por el analizando. Sabemos que se produce un cambio por el hecho de que el locutor sea ahora el analista. Cambio favorable, lo repetido se vuelve interpretación y el paciente puede llegar a *expresarlo*. Modificación desfavorable: al oír lo percibe de otro modo, adquiere otro sentido, y lo rechaza.

Entre otras situaciones, cuando el analista habla se pueden poner en juego conflictos muy básicos con relación a que son dos. El analista en ese momento es el otro para el analizando y esto despierta ansiedad. Por ejemplo, cuando el campo analítico toma la configuración que Liberman* llama muy acertadamente “autismo transferencial”, el hablar del analista, señal de que hay otro, es un ataque contra la fantasmática realidad del sujeto de poseer un objeto sumamente idealizado que lo hace completo, boca y pecho, sujeto y objeto, paciente y analista al mismo tiempo. El analizando recurre a diversos medios para hacer callar al analista, potencial

* D. Liberman: Autismo transferencial. Narcisismo, el mito de Eco y Narciso. Rev Psiçoa. Arg: XV, 4; 1958.

destructor con su hablar de ese maravilloso paraíso interno. Entre otros medios: lo oye como si fuera su eco o con la fantasía de que el analista es un grabador, etcétera.

Por *supuesto*, en ese caso el propio hablar del analizando está alterado, el proceso de simbolización, muy perturbado; no habla de veras porque hablar es hablar con otro, lo que en ese momento es vivido entre otras cosas, como una pérdida intolerable. — *Analizarse es aprender a hablar de veras.*

Compartido *por el analizando*: en ese compartir hay acceso a la comunicación, es decir, aceptación de la misma como salida positiva.

Según H. Segal: ¹¹ “Los símbolos son necesarios no sólo para la comunicación con el mundo externo sino también para la comunicación interna”.

Dice mas adelante, referido a pacientes esquizofrénicos y esquizoides algo que pienso que es cierto en algún grado y medida en toda persona en análisis: “La dificultad para tratarlos *no* reside tanto en que no pueden comunicarse con nosotros sino más aún en que no pueden comunicarse con ellos mismos. Cualquier parte de su yo puede estar disociada de cualquier otra parte, sin ninguna comunicación posible entre las dos.”

Mientras algo descubierto por el analista no se llega a formular o es dicho pero no es compartido, tenemos que inferir que el trabajo de las defensas está operando allí. Si esta situación es la que predomina, podemos pensar que la teoría kleiniana del clivaje da cuenta adecuadamente del fenómeno: el campo analítico refleja el clivaje interior que por motivos diversos (según las fantasías inconscientes implicadas) la persona desea mantener.

“Pienso que el proceso de formación de símbolos es un proceso continuo de reconciliación e integración de lo interno con lo externo, del sujeto con el objeto, de las experiencias tempranas con las posteriores.”¹¹ Es por esto que la interpretación como palabra compartida es también el logro más acabado de la simbolización, trasluce *una* reunión interior. Luego de ese momento de integración el trabajo analítico prosigue para hacer posibles nuevas integraciones.

En general pienso que la proporción entre lo descubierto en un análisis y lo que de eso es posible compartir hablando con el analizado, es el índice más adecuado, el criterio más analítico del buen funcionamiento del mismo.

B. La reparación por las palabras

En el trabajo analítico las palabras son instrumento de reparación. Mas también de aquél surge un hablar nuevo como resultado.

Entre las fantasías que acompañan la elección de ser analista, creo que hay algunas relativas a la palabra, y que ellas contribuyen a dar sentido a nuestra preferencia por tal medio de trabajo y reparación.

En la supervisión de un análisis empezamos a pensar que la paciente podría desear ser analista. Un sueño de aquélla nos pareció que apoyaba esta impresión. En todo caso, me sirve ahora para mostrar mejor el sentido de mi afirmación inicial.

En el patio central de una casa grande y vieja está un hombre con una mesa de carpintero. El hombre grita furioso porque quiere que la madre le dé dinero. Persigue a la madre por la casa. Se sabe que la mata. La paciente está escondida con miedo oyendo lo que sucede.

Esta no es una transcripción exacta del sueño. Relato lo que me sirve para ilustrar el punto que estoy tratando. Me llamó la atención la importancia que le daba a las palabras: los gritos furiosos y el reparar puesto en el centro de la *situación*: la *mesa del carpintero*. El descubrimiento clave para ella como analizando y como posible analista sería darse cuenta que su banco de carpintero es la propia boca como órgano de las palabras y hacer coincidir el instrumento agresivo (gritos que matan) con el instrumento reparador (palabras *que arreglan*).

A este efecto reparador de la palabra se refiere M. Klein 5 en uno de sus trabajos en que trata de la reparación objetal.

Escribe sobre la ópera de Ravel *La palabra mágica*. Destaca en el libreto de Colette cómo un niño transforma el mundo hostil, lleno de Perseguidores (animales

enojados), por un acto de reparación, en un mundo amigo. La reparación se realiza en el plano verbal: dice mamá, la palabra mágica a que alude el título, mientras cura a la ardilla lastimada.

¿Cuál es la reparación que realmente puede producirse en el análisis? Es la de restitución de la integridad del pensar de su veracidad: que donde había un saber distorsionado, se alcance Una conciencia veraz.

En esta reparación real y actual, una multiplicidad de otras reparaciones simbólicamente se satisfacen.

Aquella, la propiamente analítica, se produce en cada momento en que analizando y analista comparten una interpretación, es decir, en cada acto de comprensión compartida, la que supone un trabajo reparador de ambas partes: del lado del analizando, en la medida en que le da al analista la posibilidad de comprenderlo; del lado de éste en tanto le da a aquél la interpretación. Y esto los beneficia a ambos, los dos se realizan al mismo tiempo, en el mismo acto, uno como analizando, el otro como analista.

Repito, pero me parece un punto esencial, *ésta es la reparación propia del análisis p es una reparación que propiamente se hace hablando.*

Cuando un analizando llega a poder sentir y expresar “¡Nunca había podido hablar así antes!”, o palabras equivalentes, el análisis, en ese momento, alcanza su objetivo: el habla nueva que es un habla libre. Finalmente el símbolo “es sentido como creado por la persona y puede ser usado libremente por ella”.

Es la sucesión y prevalencia de estos momentos que hacen que un análisis sea tal.

III — Conclusiones

A. Sobre la disposición a analizarse

De acuerdo con lo que el análisis es para mí, la disposición más en consonancia con el mismo comprendería: un vivo interés por el mundo interior, el deseo de un conocimiento verídico de sí mismo y de su relación con los demás y el coraje a que

hacía referencia Freud.

Esta disposición es la que hace posible el análisis; sería el buen criterio de analizabilidad.

La disposición a analizarse, aunque sea una afirmación perogrullesca, me parece definitoria del analista.

Un analista no se considera consciente o inconscientemente analizado de una vez para siempre, evidentemente. Condición básica de su identidad como tal es el cuidado preferente de una conciencia verídica y para esto ha de darse el interlocutor con quien pueda reconocerse y redefinirse. Me he preguntado y lo planteo, si en el caso del analista didacto esa actitud con más razón, no es fundamental.

Los objetivos de la técnica analítica y la disposición concordante me parece que son puntos que orientan para la elección de analizandos y la selección de futuros analistas.

B. Un criterio de terminación de análisis

Del mismo modo que la conclusión anterior, ésta se desprende para mí, de modo evidente, de lo expuesto a lo largo de este trabajo.

Reflexión teórica y experiencia se juntaron y me vi, de pronto, en posesión de un criterio de evolución y terminación de análisis.

Como dije: considero que la proporción entre lo descubierto en un análisis y lo que de eso es posible compartir hablando analista y analizando, es el índice más adecuado de la marcha del mismo.

Desde este punto de vista veo dos situaciones en la terminación de un análisis: a) la caracterizada por el decidido predominio de la sinceridad. Sinceridad consigo mismo, en el analizando, dramatizada en la sinceridad con su analista, manifestada en esos momentos, en el hecho de compartir un balance veraz del análisis. Llamo así a una apreciación compartida de los cambios y a una renuncia también compartida a deseos no realizados en y por el análisis; b) la que analíticamente constituiría, para mí, una pseudo terminación: cuando a pesar de cambios Sintomáticos y de mejorías externas, el orden de la veracidad no se ha restablecido

firmemente.

Contratransferencialmente el analista se sabe en Posesión de verdades que atañen al analizando pero que permanecen sin formular o formuladas pero no compartidas.

Aclaro, para evitar que se establezcan falsas oposiciones: no contrapongo éste a los otros criterios de terminación. Propongo uno que, por todas las consideraciones que he hecho, constituye para mí el criterio de terminación más estricta y esencialmente analítico.

BIBLIOGRAFÍA

1. Baranger. W.: Conferencia sobre Lenguaje y psicoanálisis. Dictada en la Asociación Psicoanalítica Uruguaya.
2. Freud, S.: Más allá del principio del placer. Obras completas, II.
3. Freud, S.: La interpretación de los sueños. Obras completas, VI, VII.
4. Klein, M.: The Importance of Symbol-Formation in the Development of the Ego. Contributions to Psycho-analysis.
5. Klein, M.: Infantile Anxiety-Situations Reflected in a Work of Art in the Creative Impulse. Contributions to Psycho-Analysis.
6. Lacan, J.: Écrit. Editions du Seuil, Paris.
7. Leclaire, S.: Psychoanalyser. Editions du Seuil, Paris.
8. Nieto, M.: Algunos problemas del analista como investigador. Rev. Psicoan. Urug. VII, 1; 1965.
9. Ricoeur, P.: De l'interprétation essai sur Freud. Editions du Seuil, Paris.
10. Ricoeur, P.: Technique et non-technique dans l'interprétation. Archivo di Filosofia dirigido por E. Castelli; Padua; ed. Dott; Antoni Milani; 1964.
11. Segal, H.: Notas sobre la formación de símbolos. Rev, Psicoan. Urug. VIII, 4; 1966.
12. Segal, H.: A Psycho-Analytical Approach to Aesthetics. New Directions in Psycho-Analysis.
13. Segal, H.: Factores curativos en psicoanálisis. Rev. Psicoan. Urug., VII. 2-3; 1965.

COMENTARIOS

De Willy Baranger

No hay una línea ni una idea del denso trabajo de Marta Nieto acerca de las cuales pudiera encontrar en mí el menor desacuerdo. Por ello, mi contribución se limitará a destacar algunos de los puntos formulados, y a formular ciertos puntos implícitos.

Este trabajo constituye una toma de posición acerca de lo esencial del psicoanálisis, y, por ende, acerca de las vías de investigación que aparecen como más fecundas. En este aspecto, se ubica en una línea de pensamiento oriunda en Freud, pero que ha sufrido un largo eclipse antes de ser reencontrada por Jacques Latan y formulada en su célebre *Discurso de Roma* en 1953. Este nuevo punto de partida marca el principio de la elaboración propia de *Lacan*, pero *también* constituye el fundamento de otras elaboraciones posibles que no forzosamente coinciden con la obra de Lacan, y no entran en contradicción con lo esencial y lo viviente del descubrimiento de M. Klein (aunque más de un kleiniano pueda ver aquí contradicciones).

Este punto de partida es el reconocimiento de una contradicción entre la realidad de la prédica analítica y las teorías a partir de ella elaboradas. La contradicción existe ya en las formulaciones del mismo Freud, así es que la manera de leer a Freud la elección de los aspectos vivientes de su obra por oposición a los aspectos que podemos considerar “obsoletos”, configuran orientaciones divergentes de la investigación psicoanalítica. Unos valoran sobremanera el *Proyecto* de 1895; otros lo consideran como ensayo fallado (siguiendo así al mismo Freud); unos piensan que *Más allá del principio del placer* constituye un error de Freud; otros que enriquece decisivamente su pensamiento. El esfuerzo de los continuadores de Freud —salvo notorias excepciones— ha consistido en general en remoldear las teorías de Freud para que puedan caber dentro de la psicología académica o dentro de una psiquiatría (bautizada entonces “dinámica”) aceptable dentro de la óptica de la psiquiatría clásica.

En este proceso de edulcoración del pensar freudiano, la brecha entre

práctica y teorización se ha ensanchado progresivamente hasta un estado donde una no tiene casi nada más que ver con la otra. Este proceso, anota Lacan, ha llevado a los analistas a una aversión creciente hacia su campo y su instrumento específico: la palabra.

Esta aversión, a su vez, y por un proceso paralelo al de edulcoración de las teorías, lleva en ciertos casos a una distorsión de la práctica: se pierde de vista que el psicoanálisis es el arte de descubrir la verdad (no *una* Verdad, sino la disfrazada de la situación; la “verdad de la milanese”). La técnica se degrada en *holding*, en “gratificación simbólica”, en “identificación con el yo presumiblemente sano del analista”. Se barra la oposición esencial entre la técnica del descubrimiento del análisis y las técnicas educacionales de cualquier otra psicoterapia. Hasta algunos analistas pueden dejarse tentar por las facilidades del *Human engineering* sin darse cuenta que han cambiado la técnica analítica por su contrario.

Sin embargo, en la práctica, cada analista sabe que su objeto es el relato verbal o verbalizable del analizando, el campo del diálogo analítico, y que su modo único de actuar es la interpretación. Es esta evidencia siempre sabida desde Freud, y a menudo olvidada, la que redescubre Lacan: “Precisamente porque algo ha sido ligado a la palabra, el discurso, en el análisis, puede desligarlo”.

Esta evidencia implica una ubicación precisa del psicoanálisis con relación a otras disciplinas, “Lo que el psicoanálisis no es” escribe Marta Nieto, implica una definición estricta de su meta, y una orientación clara en su teorización.

Los principios de esta orientación teórica son pocos:

—Si el objeto y el instrumento del análisis pertenecen al orden de la palabra, las teorías *propriamente* analíticas no pueden situarse más allá del campo delimitado por ésta. Otras inferencias (eventualmente valederas) no pueden ser sino aplicaciones.

—Si un psicoanálisis es un diálogo (por particular que sea), la teoría analítica no puede sino describir una situación intersubjetiva y los procesos intrasubjetivos correspondientes (pues sólo un sujeto entiende lo que se le dice). Traducir una

situación *esencialmente* intersubjetiva en términos objetivos lleva a distorsionar la teoría. Por eso existe entre la psicología objetiva y el psicoanálisis una discontinuidad radical.

—Los conceptos que usamos corrientemente deben por lo tanto ser revisados y reformulados de tal manera que sean coherentes con la experiencia que les sirve de fundamento.

Estos principios tienden a su vez a orientar la investigación y el descubrimiento hacia un estudio sistemático del diálogo analítico.

De esto, Marta Nieto nos da ejemplos en su trabajo (pero este campo, relativamente poco explorado, abre una multiplicidad de investigaciones posibles; ver la obra de David Liberman, por ejemplo).

Tiene toda la razón al señalar la cualidad del diálogo como un indicador preferencial acerca de la evolución del proceso analítico. De este modo, las preguntas que nos hacemos corrientemente: ¿De qué me está hablando —y de qué no me está hablando— el analizando? se deben duplicar por las mismas preguntas acerca de nuestra forma de dialogar en tal o cual situación analítica.

Y me parece particularmente valiosa la utilización de estas preguntas como criterio de terminación de un análisis.

Acostumbramos usar, en la teoría de la técnica, el concepto de *timing* de la interpretación. El concepto viene de la recomendación de Freud, de no proporcionar interpretaciones prematuras, es decir, en un momento en que el analizando no está en condiciones de recibirlas y aprovecharlas. No interesa aquí examinar las distintas teorizaciones que justifican el *timing*, sino recalcar que se trata de una inhibición voluntaria de la comunicación en el analista, cuando descubre algo verdadero, pero cuya verdad no puede ser compartida por su interlocutor. Las explicaciones que nos damos a nosotros mismos son varias: “No lo puede entender”; “Se va a traumatizar”; “Esto es un tema explosivo”; “Es el punto de urgencia, pero no me sale decirlo” etcétera. En un proceso analítico satisfactorio, estas inhibiciones conscientes de la interpretación se van superando paulatinamente hasta llegar a un momento donde desaparece toda necesidad de *timing*. Esta desaparición es la pauta de la exorcización de los peligros internos del analizando —y de la situación analítica—. La persistencia de la inhibición de ciertos contenidos interpretativos, o de ciertos modos de interpretar, indica la existencia de un baluarte, de un núcleo aislado que

no ha podido ser integrado en la fluidez del diálogo. En este caso, si la terminación del análisis se impone por un motivo de cualquier orden, sabemos que nuestra labor no ha sido realmente llevada a cabo, y si la terminación no se impone, sabemos por el contenido de nuestra inhibición a dónde tiene que apuntar nuestro trabajo.

Un aspecto más específico de este criterio es la libertad contratransferencial del analista al comentar con el analizado los motivos de la conveniencia de la próxima terminación. Esto puede realizarse con varios grados de veracidad (en el sentido de comunicar al analizando una parte mayor o menor de los motivos que justifican la interrupción). Más importante es el motivo que el analista —eventualmente— puede conservar para sí mismo y no comunicar; considera más parcial el resultado de su trabajo.

No se trata aquí, naturalmente, de ninguna confesión contratransferencial, sino de la formulación de las razones que llevan a terminar un proceso en sí “interminable” en un momento determinado sabiendo que cualquiera que sea la amplitud de los resultados obtenidos, tal terminación implica para el analizando la renuncia a las esperanzas mágicas que ubicaba en su análisis.

La libertad de comunicación del analizando al analista siempre ha sido considerada como el indicio más fiable del buen resultado de un análisis que los logros exteriores (tan a menudo conseguidos por el analizando para “conformar” a su analista), si éstos no aparecen como la consecuencia de esta liberación interna. Marta Nieto descubre aquí el correlativo contratransferencial de este indicio, lo que puede resultar de suma utilidad en casos donde aparentemente el analizando ha conseguido un grado suficiente de libertad en la comunicación, pero donde el analista no ha llegado al grado correspondiente de soltura en la interpretación. Este desnivel indica en el analizando una utilización defensiva de la comunicación aparentemente libre, con la finalidad de encubrir y preservar algún sector clivado y potencialmente peligroso.

Este trabajo es también un “manifiesto”. Está en relación con el “manifiesto de Roma”, pero, si bien ambos manifiestos coinciden en el reencuentro con el Freud olvidado, si concuerdan en restituir al sujeto hablante su preeminencia en la teoría analítica y en aclarar las contradicciones insolubles de ciertas corrientes analíticas, no por ello se equiparan, ni los desarrollos ulteriores tienen que ser iguales. Se vislumbra entre líneas cuál puede ser el rumbo de estos desarrollos montevideanos.

De David Liberman

La metodología de la investigación en psicoanálisis es un tema frente al cual, la autora y yo tenemos un interés en común desde hace tiempo.

He cotejado y examinado sus trabajos con los míos y creo que ambos coincidimos en que el proceso psicoanalítico es el único campo pertinente para poder inferir hipótesis psicoanalíticas que permitan mejorar nuestra técnica interpretativa a la vez que posibiliten una mejor contribución del psicoanálisis a otras ciencias. Tanto la autora como yo pensamos en el valor que tienen las respuestas mediatas e inmediatas del paciente a nuestras intervenciones como las únicas pruebas de validación que refutan o corroboran las hipótesis clínicas que subyacen a nuestra técnica psicoanalítica.

Deseo que esta discusión trascienda en un futuro para aquellos que retomen el tema. Me complace que la primera vez que intervengo en la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* lo haga en esta forma: discutiendo sobre este tema y en un momento en que a ambos nos fue adjudicada la dirección de nuestros institutos. Quizá esto último sea un indicador de las características que está adquiriendo el pensamiento psicoanalítico en el Río de la Plata. Si así fuese, ¿no sería oportuno dar prioridad a nuestras ideas y reconocer en su justo valor (es decir, dejar de sobrevalorar) lo que nos ha aportado el psicoanálisis de otras latitudes?

Metodología de la investigación en psicoanálisis es un tema en el cual hemos trabajado mucho y muchos en Buenos Aires y en Montevideo; en algunos casos hemos recurrido a enfoques interdisciplinarios lo hicimos de muy diversas maneras y hasta hemos adoptado posiciones contrarias, mismo irreconciliables. Sin embargo, hemos desarrollado toda una línea de pensamiento que nos confiere cierta identidad; independientemente que nuestras ideas resulten fecundas o estériles para otros. En psicoanálisis y más aún, en este tema, ni los estadounidenses, ingleses, y especialmente los franceses tienen tanta sabiduría y experiencia, ni nosotros, tan poca.

Esto lo digo con toda intención ya que si bien los puntos a) y b) de su introducción me resultan comprensibles y adecuados, en cambio no pienso así del

punto c); no creo que Lacan, ni Leciaire, ni Laplanche, ni Pontalis, hayan enriquecido sus enfoques; prueba de ello es que no los menciona en su exposición; sí en cambio, Paul Ricoeur, cuya inclusión en el texto figura y podemos discutir.

Esta presentación continúa el trabajo que publicó en 1965.* En ese entonces la autora se propuso considerar la importancia de problematizarnos sobre la validez de las conclusiones psicoanalíticas. Se planteó la siguiente interrogante: “¿Puede el psicoanálisis llevar a conocimientos válidos?, que es lo mismo que seguir cuestionándolo como ciencia”.

Consideró que a esa altura de la evolución del psicoanálisis esto ya no resultaba ser un planteo legítimo, en cambio sí el problema consistía en saber si una conclusión psicoanalítica dada, era cierta o no.

Esto la condujo a diferenciar las observaciones psicoanalíticas “del lado del analista” de las del “lado del paciente”. Fue entonces que postulé el *insight* como criterio de validez y como una forma particular del criterio de evidencia. Efectué una caracterización del *insight*, de la patología del *insight*, y del pseudo *insight* bipersonal. Destacé la necesidad de diferenciar entre el *insight* y su enmascaramiento y apariencia, señalando la necesidad de detectar factores de complacencia o aplacamiento.

Propuso entonces, entre los caminos para allanar los problemas del psicoanalista como investigador, “la posibilidad de que la discusión colectiva de los trabajos sea considerada como parte integrante de la verificación de las hipótesis”; también sugirió que para la formación del psicoanalista como investigador se tendría que generalizar la inclusión de seminarios sobre metodología psicoanalítica en los institutos de enseñanza.

Como prueba de mi acuerdo con estas dos propuestas quiero manifestarle que por aquella época, hacía tiempo que yo ya estaba realizando esta tarea en Buenos Aires. Además de las dos postulaciones anteriores también sugirió que una formación analítica “consecuente con estos principios, debería admitir sistemáticamente el análisis didáctico con varios analistas distintos, lo mismo que admite los controles múltiples. Se evitaría así un factor de transmisión hereditaria de los puntos ciegos, de modalidades teóricas y técnicas unilaterales, que entorpecen

* Nieto Grove. M. **Algunos problemas del analista como investigador**. Rev. Uruguay de Psicoanálisis. t. VII. 1, 5-27; 1965; Montevideo.

la ductilidad del propio *self* y la libre utilización analítica de sus múltiples aspectos.”

Esto me sirve como punto de partida para plantear mi disensión referente a la forma como la autora trata los puntos I y II de su actual trabajo. Encuentro una diferencia cualitativa entre la labor del analista como investigador “con el paciente en la sesión psicoanalítica” con la tarea “del analista como investigador de la interacción comunicativa de segmentos de procesos psicoanalíticos efectuados en sesiones ya realizadas”.

En el primer caso la labor de investigación se interfiere, llega un momento en que los progresos terapéuticos realizados por el paciente con el analista y también por éste en el conocimiento ya logrado de *su* paciente, ponen un límite a la investigación. Es ahora cuando dicha investigación puede y más aún debe efectuarse realimentando lo anterior con una indagación del proceso psicoanalítico.

Mi forma de encarar las soluciones del problema del psicoanalista como investigador hacen que establezca un límite muy estricto entre la parte de la formación psicoanalítica que es atingente al llamado “análisis didáctico” (que no es otra cosa que un análisis terapéutico con mayores dificultades) de todo el resto de la formación psicoanalítica que se efectúa en las supervisiones individuales y en los distintos seminarios.

Estas oposiciones netas y distinguibles tienen su equivalencia en aquella otra oposición que he señalado antes cuando dije que investigación y terapia van juntas hasta un punto y que más allá de un límite se interfieren. Sostengo que el conocimiento bipersonal obtenido en el contexto terapéutico, que ahora se ha transformado en un obstáculo, tiene que ser realimentado mediante la apertura de otro circuito: “La evaluación de segmentos del proceso psicoanalítico”. Esto hará posible que nuevamente durante un tiempo otra vez investigación y terapia en sesión con el *paciente* marchen juntas, y ahora con más precisión.

Estas sucesiones de combinación entre las dos formas opuestas de investigar abren perspectivas en las metas que tanto nos interesan a Marta Nieto y a mí. Nuestras diferencias quizá consistan en una forma radicalmente opuesta de concebir las relaciones entre la lingüística y el psicoanálisis. Para mí los distintos

hallazgos de la lingüística, a partir de Ferdinand De Saussure, no son más que meros instrumentos que me reservo el derecho de elegir en tanto se presten a las características de los aspectos del diálogo psicoanalítico que deseo investigar. Por ejemplo, la fonología en su aspecto semántico, si deseo delinear los datos empíricos iniciales de la fantasía inconsciente. Esto lo hago porque los aspectos paraverbales de la verbalización se prestan para fijar las diferencias cualitativas entre las diferentes fantasías inconscientes que son predominantemente preverbales. Aquí encontré muchas veces correspondencias- entre aspectos genético-evolutivos del desarrollo individual insertados en otro sistema: las recursividades que observamos si estudiamos fragmentos de emisiones verbales mediante técnicas especiales que disponemos. Esto lo cito por dos razones. En primer lugar para Informar sobre una manera de investigar (que la autora sin duda y otros colegas también cuestionarían) sobre una forma de obtención de datos empíricos del campo analítico. Con ese fin me reservo el derecho de utilizar y también de desechar, si es que me convengo o me convencen de lo contrario, cualquier instrumental, ya sean instrumentos materiales (como ser la cinta magnetofónica a alta velocidad escuchando repetidas veces un corto fragmento de una misma emisión sonora), o bien, los instrumentos conceptuales provenientes del campo de la semántica estructural utilizando los conceptos de Ullmann* sobre los rasgos semánticos de las emisiones verbales. En cambio, cuando he necesitado sentar las bases empíricas sobre los distintos tipos de reparación me ha sido adecuado apelar al grado creciente de coordinaciones y subordinaciones en las estructuras sintácticas, tal como Chomsky** las efectué en su concepción de la gramática generativa.

La segunda razón por la que expuse todo esto es porque estos conceptos que son atingentes a las palabras y a la situación analítica necesitan ser bien aclarados; por eso quiero contrastar mis ideas con las de Marta Nieto.

* Ullmann, S.: **Semántica**. 30-54, 267-292; ed. Aguilar; Madrid, 1965.

** Chomsky, N.: **Aspects of the Theory of Syntax**. The M.I.T. Press; Cambridge; Mass.; 1965.

A mi entender la situación analítica puede adjetivarse como “cuasi experimental”; dejando aclarado que yo no considero que la misma funcione como variable independiente, sino que también para este tipo de contrastaciones es necesario liberarnos del prejuicio conductista y permitirnos conjeturar cuando un dato empírico determinado es efecto de estas tres posibilidades: 1) que la situación analítica sea variable independiente, 2) que sea variable interviniente y 3) que sea variable dependiente. Entonces podría referirme al punto B. De lo que el psicoanálisis es, despojado de todo tipo de interferencia proveniente de la fenomenología existencial y el psicoanálisis. Es entonces cuando la formulación que hace la autora que “analizarse es aprender a hablar de veras” adquiere para mí mayor significación.

Por último quiero preguntar algo de lo cual tengo dudas. En este trabajo me parece observar una influencia de las aproximaciones que la fenomenología ha hecho al psicoanálisis; por principio no me opongo a que tal cosa se haga, siempre y cuando no sea peligroso para la investigación en psicoanálisis. De allí que deseo que la autora me aclare qué grado de compromiso tiene su exposición con las aproximaciones que la fenomenología ha tratado de efectuar buscando establecer un diálogo con el psicoanálisis, hecho del cual hasta el momento tendría serias objeciones que hacer.

De Ezra Heymiann *

La autora delimita desde el comienzo muy claramente su tesis con respecto a la de su trabajo anterior. Una sesión analítica no es una situación experimental. No se trata de nada parecido al arreglo preconcebido que realiza el científico para poner a prueba una hipótesis suya. Esta precisión me parece muy importante. Considero sin embargo que cabe prestar atención a dos aspectos que atenúan en algún grado la diferencia entre los dos tipos de situación señalados.

* El comentario del profesor Ezra Heymann fue recibido cuando ya la revista estaba en prensa, motivo por el cual sus consideraciones no han sido incluidas en la **Respuesta** de Marta Nieto.

1. Si bien, la interpretación no debe ser enfocada como una hipótesis a ser puesta a prueba por un experimento, el analista se guía, al emitir una interpretación, por una hipótesis acerca de su oportunidad. Todo lo que es técnica, aunque se trate de una “técnica de la veracidad”, representa una hipótesis en algún grado corroborada, acerca de lo conducente de una operación, y que sigue abierta a pruebas futuras. Todo lo que la autora caracteriza como investigación fuera de la situación analítica misma, y que incluye tanto materiales del análisis como observaciones extra analíticas, así como toda la teoría a la cual el analista adhiere, incide en la valoración que hace acerca de lo que ocurre en la sesión. La totalidad de los criterios que orientan de este modo al analista constituye un sistema de hipótesis en relación con la finalidad bajo la cual el analista concibe el análisis.

2. Hay un aspecto que toda relación humana tiene en común con una situación experimental. Es inevitable que en ciertos momentos, en los intersticios de la comunicación, uno tenga la necesidad de saber cómo es el otro y en qué actitud está en el momento dado, y entonces al igual que para conocer el peso y la consistencia de un objeto lo toma en la mano, es decir, hace algo con él para saber cómo el objeto responde, así también para orientarse con respecto al otro, hace o dice algo para conocer la modalidad de la respuesta. Cuando después de una conversación muy animada nos despedimos de un amigo con un apretón de manos, este apretón no tiene nada de experimental. Pero apenas notemos un desencuentro, ya estaremos atentos a la forma en que nuestro interlocutor reacciona. Los intersticios y las dificultades de la comunicación a los cuales les corresponde de este modo una actitud cuasi-experimental están en realidad íntimamente ligados al proceso de comunicación mismo, ya que la comunicación humana tiene como incentivo precisamente las dificultades comunicativas.

Si bien debemos distinguir la formulación de una hipótesis con la finalidad de probarla posteriormente, de la puesta en marcha de un proceso comunicativo, no debemos olvidar que el proceso comunicativo tiene como tal también sus controles, su necesidad de corroboraciones, lo que la autora admite. Esta necesidad de corroboraciones incluye también, por cuanto hay en la comunicación de toda clase una referencia a una realidad objetiva exterior o interior, una emisión de hipótesis y su examen, lo que no es otra cosa que el ejercicio en común del principio de realidad.

Pero me parece que la autora no le da todo su alcance a la distinción que introdujo, cuando habla del conocimiento verídico que se ha de lograr, o cuando al dar el ejemplo de la angustia de encierro, afirma que no podemos saber si esta persona sintió angustia al nacer, pero sí que ahora la siente. Me parece que precisamente aquí cabe distinguir entre una hipótesis acerca de lo que ocurre o no ocurre, y un hecho comunicativo. Si se trata de averiguar si hay una angustia de encierro o no, debemos reconocer que no existe ningún acceso infalible y sin mediaciones ni a los propios- hechos psíquicos, ni a los demás. En este respecto sólo se pueden emitir hipótesis y ver si se confirman. Pero no se trata en primer lugar de hacer una averiguación de esta especie. Se produce una manifestación del analizando, ésta despierta en el analista otro hecho comunicativo que se manifiesta como interpretación, una respuesta que es condicionada tanto por la situación presente como por la teoría en que el analista se apoya. Y aun cuando el analizando dice de sí mismo que siente angustia de encierro, su afirmación no es tanto una descripción (hipotética) de hechos (o un “diagnóstico”, como diría Ryle), sino una manifestación de estos hechos: es parte de una conducta de angustia de encierro modificada por la situación analítica.

Que el concepto de conocimiento verídico y de técnica de la veracidad necesita más aclaración lo muestra la referencia que la autora hace, a través de una cita de Ricoeur, al Edipo rey de la tragedia griega. Considero que Ricoeur, es víctima de un clisé cultural cuando ve en *Edipo rey* el ejemplo del hombre que realiza un reconocimiento transformador de su propio ser. Tanto en el *Edipo en Colono* de Sófocles como en *Siete contra Tebas* de Esquilo, Edipo aparece más bien como el hombre que lo sabe todo y que no entendió nada. Él llega a saber que el hombre al que había matado en la encrucijada era el rey Laios, y ya no le queda duda de que el rey Laios ha sido su padre. Pero el conocimiento de estos hechos, lejos de transformarlo, exacerba terriblemente su violencia. Luego de haberse cegado maldice a sus dos hijos varones a que se den muerte mutuamente.¹ Edipo no se

¹ Los versos de **Siete contra Tebas** dicen: Sufriendo un tormento insoportable, realizó, fuera de sí, una doble terrible desgracia: con la mano parricida se arrancó los ojos, queridos como los hijos más queridos, y a los dos hijos que lo ofendieron escupió en amargo odio, ay, ay, maldiciones de amarga lengua, que en el futuro decidan

redime. Son los atenienses, que acogen al expulsado errante, para quienes él se transforma después de su muerte en espíritu protector. Pero mientras vivía no se produjo en él ningún reconocimiento de la cadena de angustias y agresiones que forman un destino desgraciado común, reconocimiento que pudiera dar lugar a sentimientos de reconciliación.

La autora caracteriza la veracidad que se trata de lograr como la capacidad “de decir por su nombre” lo sentido y lo vivido. Esta capacidad se comprueba sólo en la comunicación, a través de la posibilidad de compartir “lo descubierto”. Así puede la autora formular como criterio de la buena marcha, y en definitiva de la terminación del análisis, el que gran parte de lo descubierto pueda ser compartido hablando con el analizado. Noto aquí que la autora no llega a expresar su criterio del compartir, ya que imposiblemente podrá considerar como tal la mera aceptación presurosa de las interpretaciones del analista por parte del analizado. Quizás habría que decir también que la buena comunicación no consiste sólo en el compartir, sino que es igualmente esencial el que haya aportes de individuos que han realizado integraciones diferentes, a lo que la autora alude al hablar de la formación de la persona, de su individualidad, a través del duelo. Pero esta buena comunicación no es algo diferente de la cura. Esta palabra puede ser malentendida, pero no más de lo que puede llevar a error la idea de descubrimiento o conocimiento verídico, tomada aisladamente.

sangrientamente la herencia, con la espada empuñada.

En **Edipo en Colono** Sófocles lo muestra como rechazando la tonta-Uva de reconciliación de sus hijos y confirmando la maldición.

RESPUESTA A LOS COMENTARIOS

A Willy Baranger

Agradezco a Willy Baranger su comentario, entre otras razones, porque tiene la virtud de esclarecer puntos formulados por mí en forma por demás escueta. Por eso resulta complementario del trabajo y beneficioso para los lectores.

En cuanto “al rumbo” a que alude, puedo decir que cada vez me oriento más precisamente hacia el estudio sistemático del diálogo analítico. Esto implica considerar que el diálogo peculiar que la situación analítica suscita, es, por excelencia, ámbito de descubrimiento y campo de investigación del inconsciente.

Sus reflexiones sobre el criterio de evolución y terminación de análisis que propongo, resultan oportunamente amplificantes de las mías y enriquecen mucho su comprensión.

A David Liberman

Antes que nada quiero aclarar a David Liberman que en lo que a mí respecta no considero exacta su afirmación sobre “el mucho trabajo sobre metodología de la investigación en psicoanálisis”. Sí pienso que eso es exacto de él.

En mi caso ocurre que lo que me importa desde hace muchos años (quizás deba decir desde que pienso) es el qué y el cómo del saber y por ende el objeto del psicoanálisis y sus caminos para alcanzarlo.

Las interrogantes pertinentes me las he formulado a lo largo de mis años formativos (de los que no he salido y espero no salir).

También que he hecho de esas interrogantes el eje de toda mi actividad de enseñanza del psicoanálisis: seminarios, supervisiones, y de la tarea psicoanalítica en general. He escrito poco, he hablado más.

Respecto a mis fuentes pensé que quedaba claro, veo que no, que fue el trabajo de Ricoeur el que me permitió el acceso a Lacan. Lo cité a él, porque entonces su lectura, aparte de otros beneficios, me clarificaba las oscuridades lacanianas.

La recorrida que hace Liberman por mi trabajo de 1965 me permite volver sobre algún cambio en mis enfoques o en la dirección que han tomado mis reflexiones y que me apartan en algunos puntos de aquel trabajo.

Lo más importante: me pregunto si la cuestión de la validez en psicoanálisis no es de esos problemas que por mal planteados carecen de salida y la no solucionabilidad se sustituye por la idea de que en un futuro indefinido gracias al surgimiento de nuevos procedimientos o técnicas, se podrá resolver. Por mal planteado quiero decir en primer término por no aclarar si el concepto de validez 'tiene aplicación en psicoanálisis.

Esto implica a mi entender, resolver el punto que en el trabajo actual empiezo a esbozar, el de si una interpretación es una hipótesis, cosa que ahora me cuestiono.

Si ubicamos el psicoanálisis como una ciencia hermenéutica entonces lo que nos preocupa es un sentido que conseguimos interpretar o no. En ese contexto, el enunciado del sentido en la medida que es su interpretación no es una hipótesis.

Tratar la interpretación como una hipótesis o conjetura es ubicarla en otro contexto —creo que el de las ciencias de la naturaleza— en el cual la validación es una dimensión constitutiva del quehacer.

Esta diferencia con Liberman se manifiesta en la práctica en que sus procedimientos de objetivación del proceso analítico valen para mí (y mucho) no porque sean validantes sino porque todos ellos son procedimientos que enriquecen las posibilidades de descubrimiento en el peculiar encuentro de la relación analítica.

También discrepo con Liberman en la ubicación que da a la teoría de la información en el psicoanálisis. Me parece útil poder formular en algún momento la situación analítica en términos de esa teoría, pero creo que distorsionaría lo específico de la misma si se la redujera a ella.

En cuanto a la “diferencia cualitativa entre la labor del analista como investigador con el paciente en la sesión psicoanalítica con la tarea del analista como investigador de la interacción comunicativa de segmentos de procesos psicoanalíticos efectuados en sesiones ya realizadas”, no entiendo por qué dice Liberman que hay aquí una disensión entre los dos.

Estoy de completo acuerdo en que hay una diferencia entre el trabajo del analista en la sesión, y el que tiene que hacer con la sesión como objeto de investigación.

Pienso también que ese segundo trabajo es imprescindible para que la práctica analítica sea tal y no cualquier otra cosa.

Por otro lado no me parece que tengamos “una forma radicalmente opuesta de concebir las relaciones entre la lingüística y el psicoanálisis”, sino que son diferentes, y que esa diferencia tiene que ver justamente con el lugar que ocupa en su esquema conceptual la teoría de la información que en el mío en cambio lo ocupa una concepción que pienso bastante próxima en este momento a la de Lacan.

Finalmente, y con respecto a su amplia pregunta sobre relaciones de psicoanálisis y fenomenología, no la voy a contestar por las mismas razones que, estando en el plan original del trabajo, fue dejada con varios otros puntos.

Sí puedo decirle que éste iba incluido dentro de Lo que el *psicoanálisis no* es, y que la delimitación que me proponía hacer estaba centrada en la noción de inconsciente.